

CARTA DEL SENADOR WILSON.

NATICK, MASS., 28 de Setiembre de 1867.

Muy señor mio:

Os doy las gracias por el honor que me dispensais al dirigirme una invitacion para el banquete con que obsequian algunos de los principales ciudadanos de Nueva-York al ministro de la república mexicana Sr. Romero. Os aseguro de veras que siento en extremo no poder unirme á vosotros en las distinciones que haceis á un diplomático que durante los turbulentos dias de la perversa invasion de su país y la usurpacion de su gobierno, ha sabido mantenerse tan firme en su consagracion á la causa de la independéncia y de las instituciones republicanas. Saludo al Sr. Romero, no solo por su fidelidad hácia su patria durante las horas de grandes pruebas; sino por la profunda simpatía que ha mostrado por nuestro país miéntras ha estado luchando por su existencia. Este tributo de respeto que dán los nobles ciudadanos que representan la capital mercantil de la república al Sr. Romero, le probará una vez mas, que es nuestro deseo lleve él consigo á su país las mas halagüeñas esperanzas que el pueblo de los Estados-Unidos abriga de que la república de México entre ahora en una vía de progresivo desarrollo, bajo instituciones libres, y proteja por la ley y con el orden la libertad personal.

Soy, &c.

HENRY WILSON.

Al Honorable Hiram Barney, presidente de la comision,
&c., &c., &c.

CARTA DEL SENADOR HOWARD.

Al Honorable Hiram Barney, &c, &c., &c.

DETROIT, 28 de Setiembre de 1867.

Mi querido amigo:

He recibido por el correo de hoy su fina invitacion para concurrir á la comida que se dá en obsequio del Sr. Romero, ministro de la república de México, acreditado cerca de nuestro gobierno. Tendria gran satisfaccion de hallarme presente en esa reunion; pero lo corto del tiempo y lo largo del viage, me privan de este placer; mas no por eso dejaré de manifestar aquí el alto respeto y la admiracion que siento por el Sr. Romero. Siempre lo he encontrado fiel y adicto á la causa de la libertad republicana, trabajando asiduamente durante la terrible guerra que hicieron á su atormentado país los tiranos y sus satélites para destruir y echar por tierra los derechos del pueblo; y aun en las horas mas aciagas ha dado pruebas de una constancia en el infortunio que nada ha podido hacer vacilar, y de una fé tan conmovedora como sublime por el triunfo final de la suerte de su patria. Estoy persuadido de que Juarez, el distinguido político y patriota, bajo cuyas órdenes ha servido con tanto acierto cerca de nuestro gobierno, no ha tenido un agente mas digno de confianza y mas hábil que él para la promocion de los verdaderos intereses de México, y solo seria aepetir lo que ya se sabe, el decir que en el manejo de las relaciones de su país con el nuestro, se ha grangeado con justicia la reputacion de un ministro tan entendido como íntegro. ¡Ojalá que

su patria tenga orgullo en poseerlo, y que siempre cuente con individuos que la sirvan con tanto tino, vigilancia y energía!

Soy de vd. afectísimo y seguro servidor.

J. M. HOWARD.

CARTA DEL SENADOR CHANDLER.

DETROIT, 28 de Setiembre de 1867.

Al honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Muy señor mio:

Lamento que ciertas ocupaciones en Ohio no me permitan aceptar el convite que me dirige la comision de que forma vd. parte, para asistir al banquete que tendrá efecto el 2 de Octubre en obsequio del Sr. Romero.

En lo que atañe á lo personal, siento un alto respeto por el Sr. Romero.

Durante las horas turbulentas en que se combinaron las tiranías con las rebeliones para acabar con las instituciones en este continente, el Sr. Romero no flaqueó un solo momento, ni dudó, ni vaciló, y podria decirse que se puso á esperar cuando no habia ya esperanzas, permaneciendo solo, fiel á la república mexicana, y leal al gobierno de los Estados-Unidos.

Nunca se sabrá todo lo que debe este gobierno á los patriotas de México, que no permitieron hacer correrías en nuestras fronteras á los soldados franceses, en la época de

nuestra prolongada y terrible lucha que sostuvimos con la rebelion.

Nada, pues, mas justo que tributar al Sr. Romero un alto honor, y dando gracias á vdes. por la invitacion que me dirigen, no puedo ménos que sentir el no poder asistir al banquete.

Soy de vdes. afectísimo amigo.

Z. CHANDLER.

CARTA DEL PRESIDENTE DE LA CAMARA
DE DIPUTADOS.

SOUTH BEND, IND., Setiembre 30 de 1867.

Estimado señor:

Me complazco en saber por su carta de vd., que un gran número de hombres respetables de esa ciudad se han congregado para dar un banquete de despedida al Sr. Romero, que por tantos años ha sido ministro de la república mexicana en Washington, y con cuya amistad me considero honrado. La distancia y algunos compromisos no me permiten asistir; pero le envió desde mi hogar apartado las mas sinceras congratulaciones por la heroica constancia de su pueblo, que al fin ha obligado al mundo entero á que dé el nombre de república á México una vez mas. Ha sido ciertamente una fortuna para México que en sus horas de prueba haya tenido aquí un representante como el Sr. Romero. Sin ser reconocido por los demas miembros del cuerpo diplomático, no perdió por eso la esperanza en el triunfo definitivo de su

nacion. Modesto en su porte, pero firme en su posicion, siempre estuvo activamente dedicado á su trabajo, informando á cualquiera que se le acercaba de todas las fases que iba tomando la lucha, corrigiendo los avisos equivocados y ayudando á la administracion y á los miembros del congreso sobre cualquier asunto importante que era preciso estudiar. México no se separó un solo instante de sus labios ni de su corazon, y yo con él y con vdes. me complazco por la victoria que ha alcanzado.

Soy de vd. afectísimo y seguro servidor.

SCHYLER COLFAX.

Al Honorable Hiram Barney, presidente, &c., &c., &c.

CARTA DEL DIPUTADO MR. STEVENS.

LANCASTER, 28 de Setiembre de 1867.

A los Sres. Hiram Barney, James W. Beekman y otros.

Señores:

He recibido la invitacion que me habeis dirigido para asistir al banquete que se dá en obsequio del Sr. Romero, y siéndome imposible contestar en persona, envió las siguientes expresiones. No hallo ocasion tan oportuna para demostrar mi aprecio por los nobles actos de un individuo y de una nacion, como la que ahora se me presenta. Durante todo el tiempo en que han tenido que sobrellevar los Estados Unidos una guerra intestina para conservar su existencia, la

agobiada república de México ha tenido que estar resistiendo al despotismo de mas de una nacion extranjera, sin contar con los traidores que tenia en su seno. Habiendo adoptado una constitucion excelente, ha sido bastante feliz para haber elegido á uno de los mas inteligentes y distinguidos presidentes que pudieran gobernarla, y este ha sabido luchar con todas las dificultades y desafiar todas las amenazas para negarse á comprometer los intereses de su patria. No puedo hallar mas que dos hombres, á saber: Washington y Guillermo de Orange, que en semejantes circunstancias hubieran mostrado igualmente todas las cualidades de la fortaleza y el patriotismo, y así Dios le concedió la victoria, y como en el caso de los otros, protegió la causa de la libertad. Dificilmente hallará la posteridad en México mayores dificultades que las que ha vencido este grande hombre.

La causa de México ha sido acreditada en este país muy en particular por los hábiles y patrióticos esfuerzos del Sr. Romero, sin cuya prudencia y laboriosidad hubiera sido imposible sostener el ánimo y la confianza de sus conciudadanos: por tanto, ha sido muy feliz la república de México en la eleccion que hizo del representante que ha mandado cerca de este gobierno, pues por su sagacidad y sangre fria ha dominado su espíritu con admirable talento, en medio de los mas comprometedores contratiempos, y con gran delicadeza ha evitado todos los asuntos de controversia, sin sacrificar ninguno de los derechos de su país. Este gobierno no ha tenido motivos para conceder otra cosa sino pruebas de honra en favor de la república hermana, y no nos atañe averiguar ahora, si durante esa guerra se ha hecho tanto honor á ella misma como se ha sabido hacer á sí mismo el Sr. Romero. Es de esperarse que si nos vemos otra vez envueltos en iguales compromisos con alguna nacion extranjera, am-

bos países podrémos y desearémos mantener aquellos principios que consideramos necesarios para conservar nuestro honor nacional y nuestra seguridad. Siento mucho que el estado de mi salud no me permita estar presente á vuestro banquete, y quedo con todo respeto vuestro servidor afectísimo.

THADDEUS STEVENS.

CARTA DEL DIPUTADO MR. MAYNARD.

KNOXVILLE, 30 de Setiembre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Mi querido amigo:

Con mucho sentimiento me veo precisado á renunciar al honor que se me hace al convidarme al banquete que tendrá efecto en obsequio del Sr. Romero, representante diplomático de la república mexicana. Los últimos años que acaban de trascurrir han puesto á prueba tanto su país como el nuestro, pues lo mismo en aquel que en este, ha estado sujeto á juicio el gobierno republicano: aquí, por la traicion doméstica apoyada por el auxilio extranjero; y allí, por los enemigos extranjeros, apoyados por los traidores á la patria, premiando en ambos la buena suerte á los amigos de las instituciones libres, y haciendo todo lo posible para fundar sus principios en la estimacion del género humano. Los dos han venido á confirmar que la mas poderosa, benigna y magnánima forma del gobierno, es la que busca su

sostenimiento en la voluntad y los afectos del pueblo, y ambos han consignado nuevos é importantes principios en el código de la ley internacional; pues si nuestro país con su clemencia en el asunto del *Trent*, hizo mucho para determinar los derechos de las potencias neutrales en alta mar, México, con la ejecucion del llamado emperador Maximiliano, ha hecho para fijar la doctrina de Monroe mas que todo lo que han hecho jamas las declaraciones de los presidentes, las resoluciones de los congresos ó las convenciones nacionales. No hay un solo buen ciudadano americano que desconozca ó deje de comprender cuán esencial ha sido el auxilio que nos han prestado en nuestra lucha el pueblo mexicano y el presidente Benito Juarez, con la tenaz adhesion que han mostrado por la causa de su país; y así, pues, nada es tan justo y acertado como la manifestacion que se hace ahora en honor del Sr. Romero, á quien debemos gran simpatía, y el cual ha representado á su gobierno cerca del nuestro, en los dias de nuestras agitaciones.

Soy de vd. su mas atento y seguro servidor.

HORACE MAYNARD.

CARTA DEL DIPUTADO MR. KELLY.

FILADELFA, 28 de Setiembre de 1867.

Muy señor mio:

Siento de todas veras que las atenciones del servicio público me impidan aceptar la invitacion que se han dignado vdes. dirigirme para tomar parte en la comida que se dará

el 2 del mes próximo, en obsequio del Sr. Romero. He tenido la honra de conocer al Sr. Romero y he observado de cerca su consagración á los principios é instituciones liberales, por lo cual estoy al cabo de la firmeza y habilidad con que ha sostenido la causa de su patria, aun en los mismos dias en que, á entender de muchos, estaba enteramente perdida. Seria para mí un motivo de particular satisfaccion poder verlo ántes de su partida para su país, y me complaceria en expresarle públicamente el aprecio que me inspiran los notables servicios que ha prestado á la causa del republicanismo.

Dando á vdes. gracias por el favor que me dispensan, quedo de vdes. afectísimo y seguro servidor.

WM. D. KELLY.

TELEGRAMA DEL SEÑOR CURTIS.

SOUTH DEERFIELD, MASS., 2 de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

No me es posible asistir; pero saludo al Sr. Romero con todo mi corazon, por el triunfo de su patria; y á todo buen deseo que se emita en favor de México, no hago mas que decir amén.

GEORGE W. CURTIS.

CARTA DEL SENADOR FOOG.

CONCORD, N. H., 23 de Setiembre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Señores :

He recibido su esquila de invitacion para concurrir en compañía de los distinguidos ciudadanos de Nueva-York, á quienes vd. ahora representa, al gran banquete que se dará en honor del enviado de la república de México, con motivo de su partida para su país. Aseguro á vd. que nada seria tan grato para mí como aprovechar esta oportunidad para tributar el respeto que se merece un individuo cuyos fines modales, elevado carácter y gran amor á la libertad é independencia de su patria, le han grangeado en justicia la gratitud de sus compatriotas y la admiracion de nuestro pueblo.

No debe echarse en olvido en una circunstancia como la presente, que las dos repúblicas hermanas acaban de surgir del peligro comun en que las sumergió un mismo enemigo, y que la gran rebelion de nuestro país y la propaganda imperialista de la conspiracion en contra de México, si no tuvieron un mismo origen, tuvieron por lo ménos iguales miras al proponerse la extincion de las instituciones republicanas en América. Aunque en algo cambiaron sus papeles los adversarios de los Estados-Unidos y México, es de advertirse que en su principio eran los mismos: tan venenosa era la cabeza como la cola de la conspiracion, y la serpiente se crió en las Tullerías. Todavía no se ha escrito cierto capítulo de la historia de ambos sucesos; pero el dia que se dé á la

publicidad, podrá verse lo poco que faltó para que el rayo que estalló en México hubiese caído sobre los Estados-Unidos.

Apoyado en suficiente autoridad, creo que la expedición naval combinada de Francia é Inglaterra, que salió de las aguas europeas ostensiblemente para Veracruz cuando tuvo efecto el negocio del *Trent*, llevaba órdenes terminantes para seguir el viage á Nueva-Orleans, declarar allí nulo el bloqueo, y proclamar de mancomun un protectorado en todos los Estados que están en los bordes del golfo mexicano. No es necesario manifestar aquí en estos momentos de qué manera se evitó el peligro, cómo partió la escuadra aliada para Veracruz, con qué ardidés se retiró el gobierno británico del enredo mexicano, abandonando á su amigo imperial, á fin de proseguir por cuenta propia, y cómo al cabo de largos dias de sufrimientos y heroísmo, México se ha libertado de la opresion de sus invasores, pues el resultado ha servido al amo imperial de Francia, de una leccion que no olvidará fácilmente, y ya se le ha enseñado que ninguna potencia es bastante fuerte para un pueblo republicano que está resuelto á ser libre.

Lamentando no poder asistir al banquete, y agradeciendo la invitacion que me dirigen, quedo de vdes. con todo respeto obediente y seguro servidor.

GEORGE G. FOOG.

CARTA DE MR. OWEN,

EX-DIPUTADO POR INDIANA Y EX-MINISTRO DE LOS
ESTADOS-UNIDOS EN NAPOLES.

NUEVA-YORK, Setiembre 30 de 1867.

Señor:

Un compromiso anterior, obligándome á salir de la ciudad, me impide aceptar la invitacion con que me ha honrado la comision de vd., para una comida que tendrá lugar el próximo miércoles en obsequio de mi amigo el Sr. Romero. En los dos años pasados he tenido numerosas oportunidades para atestiguar la vigilancia, energía, capacidad y abnegacion que han señalado la conducta de ese caballero como ministro de México cerca de nuestro gobierno, y me seria muy grato testificar personalmente mi aprecio por sus grandes servicios y eminentes trabajos. Permitidme unas pocas palabras que, si conviniera, buscaria ocasion de decir respecto al país que el Sr. Romero representa. Nosotros, de sangre anglosajona, estamos acostumbrados á denigrar otras razas. Un reciente y desgraciado acontecimiento ha sugerido entre nosotros un juicio demasiado vigoroso sobre México; juicio pronunciado, segun pienso, sin la reflexion debida. Los nombres y los títulos nos extravián.

Si un capitán ó teniente del ejército invasor frances hubiera sido ejecutado en represalia de igual severidad ejercida por los invasores, se hubiera consagrado un párrafo de tres líneas para anunciar y comentar el hecho; esto no hubiera causado la mas mínima oleada sobre la superficie de la opinion pública. Pero un príncipe izador del pabellon negro, sufre lo que él mismo ha hecho, y por esto una nacion

es delatada como bárbara. ¿Por qué regla de moral es esto? Un hombre, que es por casualidad hermano de un emperador ¿tiene derecho para condenar á muerte á sangre fría á prisioneros á quienes no puede imputárseles algo que la civilizacion admita como crimen, y despues, por el rango que ocupa, pretender como cosa debida, exencion para la ley que él mismo ha establecido? Supongamos propio el caso. Supongamos que en aquellos dias en que el pago del interes de los bonos de Pensilvania permanecia suspenso, cuando el reverendo Sidney Smith nos denunció como una nacion de estafadores, hubiéramos sido un pueblo débil, incapaz de competir con la Gran Bretaña, y que el gobierno británico, sin discernir entre las obligaciones de un Estado y las federales, hubiera mandado un ejército expedicionario al través del Atlántico para obligarnos á pagar. Suponed que fuimos derrotados; que la ciudad de Washington fué tomada, nuestro presidente y su gabinete arrojados al remoto Oeste, y que declarada una monarquía, un príncipe de la sangre real de Inglaterra fué entronizado como rey en la Casa Blanca; que nuestros puertos fueron secuestrados y nuestras rentas apropiadas; que una guerra desoladora fué puesta por cuatro años en accion para reducir al orden á la incorregible República; que los negocios se paralizaron; que el comercio se aruinó; que las haciendas fueron taladas, y que mil y mil de nuestros mas nobles ciudadanos quedaron muertos en la batalla. Suponed que este príncipe inglés habia levantado el pabellon negro, y mandado ejecutar como bandidos á miles de ciudadanos de los Estados-Unidos, por el crimen de defender las fajas y las estrellas. Suponed que nuestros ciudadanos, con fé en el triunfo, habian, por un esfuerzo desesperado, casi limpiado el país de los invasores ingleses; y suponed, en fin, que el llamado rey de los Estados-Unidos, im-

pulsado por el valor ó por la desesperacion, habia peleado hasta caer prisionero de nosotros. Que los que denuncian á Juarez y al pueblo mexicano avancen á declarar si ellos habrian presentado memoriales de perdon á nuestro gobierno restablecido, para el hombre que habia devastado casi la mitad del continente, sin siquiera un colorido de derecho. ¿Hubieran concedido esa gracia á aquel que nunca la otorgó á otros? ¿Hubieran protestado contra el derecho de represalia? ¿Habria permitido el pueblo americano, que el usurpador de las manos teñidas de sangre se hubiera sustraído del castigo por el mero hecho de ser hijo de una reina? Así terriblemente tentados, ¿hubiéramos seguido el precepto de Cristo de volver bien por mal? Si no osamos afirmar esto, no denunciemos despreciativamente á nuestros vecinos. La piedad nos mueve por la muerte de un valiente, y seriamos inhumanos si la triste relacion no nos conmoviese. Muchas veces el juez pronuncia con voz convulsa la sentencia, y sin embargo, se confiesa que la sentencia es justa, aun en medio de las lágrimas del auditorio. La posteridad no padrá leer sin tristeza, ya la leyenda de Eugenio Aram, ó ya la historia del infeliz y aleccionado Maximiliano; pero en tanto que el asesinato sea mirado como crimen, no se absolverá de él ni al príncipe ni al estudiante.

Opuesto por principios á la pena capital, fué mi mas ardiente esperanza que se perdonara la vida á Maximiliano, por los intereses de la civilizacion y del progreso humano. Podemos justamente sentir que un pueblo no se haya levantado á la altura de tal hecho de magnanimidad, y tengamos cuidado de dar gracias á Dios porque no somos como otros hombres son. Busquemos el modo de reformar, segun los principios, un código sangriento; pero hasta que no hayamos salido bien en el empeño, abstengámonos de juzgaa á aque-

llos que dieron curso á una tentacion, á la que, en igualdad de circunstancias, probablemente no hubiéramos resistido.

Soy, señor, su obediente servidor.

ROBERT DALE OWEN.

Al honorable Hiram Barney, &c., &c.—Nueva-York.

CARTA DEL GENERAL SCHOFIELD.

CUARTEL GENERAL DEL PRIMER DISTRITO MILITAR DEL
ESTADO DE VIRGINIA.

RICHMOND, VA., 3 de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Mi querido amigo:

Tengo la honra de acusar recibo de la invitacion que me dirige la comision de que es vd. presidente, para concurrir á la comida que se dará en obsequio del Sr. Romero en la ciudad de Nueva-York el 2 del que cursa. El haber estado enfermo hizo que no recibiese su muy estimada esquela á debido tiempo, y de esto depende el retardo de su contestacion. Si mi salud y mis ocupaciones oficiales me lo hubieran permitido, habria tenido el mayor placer en unirme á los ciudadanos de Nueva-York, para demostrar mi estimacion por el Sr. Romero, por cuyo individuo, como particular y empleado diplomático, siento el mas alto aprecio, y hubiera podido

entónces tambien manifestar el sincero interes que experimento por el bienestar de México.

Soy de vd. afectísimo y verdadero amigo.

J. M. SCHOFIELD, mayor general.

CARTA DE MR. JAY.

THE JAY HOMESTEAD, KATONAH, 1º de Octubre
de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, presidente, &c., &c., &c.

Muy señor mio:

Ruego á vd. manifieste al Sr. Romero la verdadera pena que me causa no poder asistir á la comida que tendrá efecto mañana en obsequio suyo, y al mismo tiempo suplico á vd. le haga ver los buenos deseos que abrigo, tanto por él como por su país, á cuyo servicio va á poner dentro de muy poco tiempo, la larga experiencia que ha adquirido en los negocios de Estado y de la diplomacia, durante su permanencia en los Estados-Unidos.

Los males de México llenan una grande y triste página en la historia moderna. Teniendo una civilizacion propia que data del siglo sétimo y que ya en el décimosexto atraia la admiracion de los viageros europeos, ha sido presa de la codicia y de la ambicion del extranjero, desde la invasion de Hernan Cortés hasta la de Luis Napoleon, con cuya circunstancia se explica el origen de aquellos defectos de la administracion mexicana, que los europeos han tenido la costumbre únicamente de atribuir al carácter de los hijos

del país. A tal argumento los europeos podrian responder, y con justicia, que siendo dueños de Texas, California y Nuevo-México, seria atrevimiento en los americanos tratar del negocio de las espoliaciones en México; y sin embargo, el Sr. Romero tiene razon de sobra cuando habla en la carta con que acepta la invitacion que se le ha hecho, de "las nobles simpatias del pueblo americano." La rebelion de Texas y los resultados de la guerra que hicimos á México, fueron la obra de los esclavócratas, cuya política de intrigas y de conquistas ha sido tan desapiadada como la de España cuando estaba regida por la Inquisicion, y asimismo la conducta diplomática que ha observado nuestro gobierno con México en sus recientes perturbaciones, tampoco representa los sentimientos de nuestros ciudadanos leales. La conquista de México por el emperador de los franceses fué, y siempre se pensó que fuera, como lo pensó Napoleon en la carta que escribió al general Forey, un insulto y una amenaza contra los Estados- Unidos; y á pesar de que consintió en ella ayudándola y sosteniéndola el Departamento de Washington, es lo cierto que nuestra poblacion leal siempre estuvo de parte de México y jamas se puso del lado de sus invasores.

Cuando en Julio de 1862, al emprenderse los preparativos por la usurpacion de Maximiliano, aseguró el departamento de Estado al Sr. Corwin, que "si era cierto que alguna vez se concibió la idea de levantar en México un trono al príncipe austriaco, tambien lo era el que ya se habia desistido del proyecto hacia mucho tiempo;" cuando en otra ocasion permitió nuestro gobierno á los franceses que importasen á México, sin hallar estorbos en la aduana de Nueva-York, los materiales de guerra que habia negado á los mexicanos, y que motivó la expresiva y digna protesta de nuestro huésped; y por último, cuando Mr. Bigelow, nuestro mi-

nistro en Paris, hizo que en Octubre de 1865 expidiese M. Drouyn de Lhuys la primera orden para el regreso de las tropas francesas, por la intimacion de que á su salida reconocieran los Estados- Unidos el imperio de Maximiliano, se vió que cada uno y todos estos actos de diplomacia habian sido deplorables en los resultados, como viciosos en los principios; estaban en abierta violacion con los sentimientos y deseos del pueblo americano, segun lo declararon terminantemente nuestros representantes en el congreso.

A pesar de todo lo que aparece dudoso, tanto en los escritos como en el lenguaje de que se valieron nuestros funcionarios públicos, el Sr. Romero puede asegurar con plena confianza á sus compatriotas, que nosotros simpatizamos como nacion con su propósito de mantener su nacionalidad, y que nos complacemos con cada nuevo aviso que nos llega sobre la estabilidad, el reposo, la dicha y la prosperidad de la república mexicana.

Tengo el honor de ser su mas atento y seguro servidor.

JOHN JAY.

CARTA DEL GENERAL BURNSIDE,

GOBERNADOR DEL ESTADO DE RHODE-ISLAND.

PROVIDENCE, 6 de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Mi querido amigo:

Al regresar á mi casa encontré su atenta invitacion para asistir á la comida que se celebraria en honor del Sr. Rome-

ro; pero era ya demasiado tarde para poder aceptar, y lo sentí mucho, pues de lo contrario habria tenido verdadero placer en acompañar á vdes. Agradeciendo su fina atencion, quedo de vd. amigo y seguro servidor.

A. E. BURNSIDE.

CARTA DEL MAGISTRADO BATES.

SAN LUIS, 1° de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Señor:

He tenido la honra de recibir una papeleta de convite de la comision de que es vd. presidente, para la comida que se dedica en obsequio del Sr. Ministro de México, D. M. Romero; y si en mí estuviera, concurriria á ella, pues aprovecharia con gusto esta ocasion para manifestar el respeto que siento por tan digno caballero.

Cuando mis ocupaciones oficiales me llevaron á Washington, estaba allí constantemente el señor Romero, y debatiéndose á la sazón asuntos que atraian nuestras mutuas simpatías; no pudimos ménos que estrechar nuestras relaciones de amistad. Creo que él es un buen patriota, consagrado á la independencian de su país y á la libertad de su pueblo, y nunca he puesto en duda que concurría conmigo en el pensamiento de que es de todo punto imposible la libertad popular, cuando no está establecida y resguardada por la ley; que el poder militar, en tanto se limita á girar en su propia esfera como el servidor armado de la ley, apoyado en justa

autoridad, es una gran proteccion para la libertad del pueblo; pero que cuando el poder militar se sobrepone á la ley y asume la soberanía, no se ha presentado nunca un ejemplo en el trascurso de los tiempos, en que haya fundado y mantenido jamas un gobierno libre y popular.

Estoy muy débil, á causa de una enfermedad que me obliga á permanecer ha ya algunos meses encerrado en mi casa; y así, pues, como no podré asistir en persona, enviaré á vdes., en demostracion de mis sentimientos, las siguientes palabras: "El gobierno por la ley; la libertad popular protegida por la ley; y tan igualmente obligatoria la ley para los pocos que gobiernan, como para los muchos que son gobernados."

Soy de vd. su mas atento y seguro servidor.

EDWARD BATES.

CARTA DEL JUEZ COURTNEY.

NUEVA-YORK, 2 de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c., &c., &c.

Mi querido amigo:

Siento mucho no poder concurrir á la comida que se dará esta noche en honor del Sr. Romero; pero me he lastimado un pié hasta el extremo de no ser apenas posible moverlo. Tenia esperanzas de haber pasado muy buenas horas en compañía de vdes.; pero no puedo, y me despido de vdes., con las consideraciones de mi mas fino cariño.

SAMUEL G. COURTNEY.

CARTA DEL JUEZ SWAYNE.

COLUMBUS, 2 de Octubre de 1867.

Al Honorable Hiram Barney, &c, &c., &c.

Mi estimado señor:

Por haber estado ausente de mi casa, no he podido recibir hasta hoy la invitacion que vd. ha tenido la bondad de enviarme para tomar parte en la comida con que se obsequia al Sr. Romero. Siento mucho que no esté á mis alcances el hallarme en union de los que concurren esta noche al banquete, para pagar en su despedida un tributo de respeto á quien tanto lo merece.

Soy de vd. verdadero amigo y seguro servidor.

N. H. SWAYNE.

TARJETA DE INVITACION.

Se suplica á.....
honre con su asistencia la comida de cumplimiento que se va á dar al

SEÑOR ROMERO,

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO
DE MEXICO,

En la fonda de Delmónico, esquina de la Calle 14, y de la
5^a Avenida, el miércoles 2 de Octubre, á las seis de la tarde.
Nueva-York, Satiembre 25 de 1867.

Sírvase vd. mandar su respuesta
á HIRAM BARNEY, pre-
sidente, &c., &c.

COMISION DE CONVITE.

Hiram Barney.
James W. Beckman.
William E. Dodge, hijo.
Theodore Roosevelt.
Henry Clews.

NUEVA-YORK.